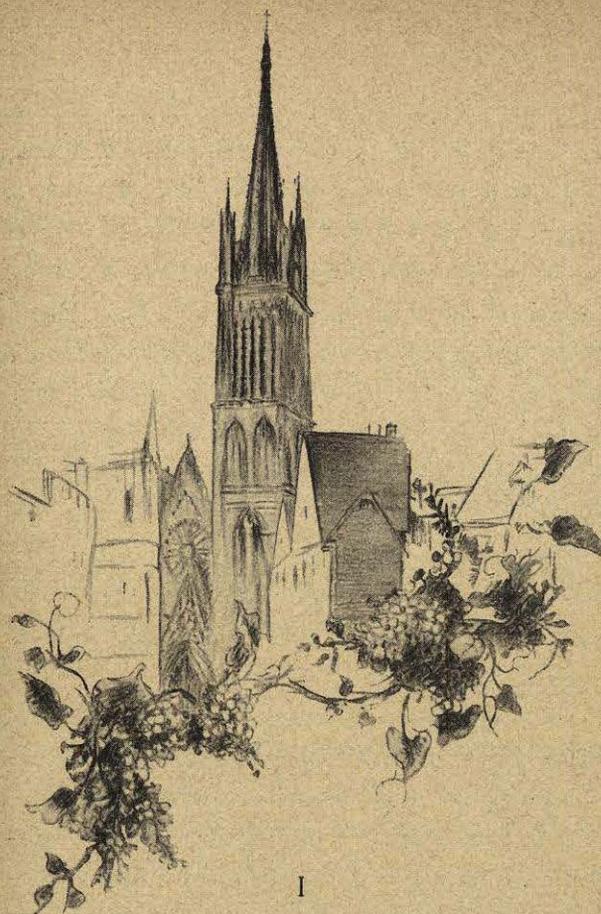


páginas les hagan comprender cuánta es mi felicidad desde que estoy en ella! ¡Quiera Dios que esas almas vacilantes se sientan arrastradas por mi ejemplo y mi profesión de fe!



I
Campanas y lilas

¡Campanas de Pascua! ¡Campanas de Pascua! ¡Cuán melancólicas sonáis bajo el diáfano cielo de Abril! Y vosotras, pálidas lilas de los antiguos arrabales de mi ciudad, ¿por qué derramáis sobre el paseante solitario este aroma que le llena de dolorosas añoranzas?

Cuenta el triste sus años, los numerosos años en que os ha oído tañer, alegres campanas de Pascua, en un día como el de hoy, apacible y puro, difundiendo vuestro regocijado clamoreo por la límpida inmensidad azul no surcada todavía por las parleras golondrinas. Cuenta sus años, los numerosos años en que aspiró vuestro aroma, anémicas lilas de París, al pasar junto á las verjas de los jardines ó á lo largo de las tapias sobre las que se desbordan vuestros racimos de flores.

Y siente sobre su corazón el peso de este triste pensamiento: «¡Otra primavera fugaz!»

Recuerda su juventud, cuando vosotras, lilas y campanas, le inundabais de alegría con vuestros repiques y aromas y embriagabais su corazón de vagas ilusiones y deliciosas esperanzas.

¡Su juventud!... ¡Qué breve y qué lejana! Para él hubo juventud mientras pudo preguntarse cada mañana, al despertar: «¿qué venturas me tendrá reservadas el nuevo día?» Porque en eso, sin duda, consiste la juventud: en esperar la dicha, la felicidad absoluta, completa, absurda. «Mañana encontraré á la mujer cuya sonrisa me abrirá las puertas de un eterno paraíso... Mañana estallará la guerra en que me veré proclamado el héroe victorioso, el salvador de la patria... Mañana concebiré el plan y escribiré los primeros versos del drama ó del poema que ha de inmortalizar mi nombre.»

¡Amor, gloria, genio! ¿Puede decir que ha sido jo-

ven el que no ha soñado en vosotros, ó, mejor dicho, el que no os ha esperado con ardor, con locura?

El anciano que pasa, acariciado por la vibración de las campanas y el fugitivo aroma de las lilas, recuerda su breve juventud, cuyo último día fué aquel en que reconoció la vacuidad de esta vida y comprendió que el verdadero goce está en el deseo; que todo apetito satisfecho engendra la amargura y el hastío; que el ideal huye siempre ante nosotros sin dejarse asir. Su juventud terminó al despertarse un día sin esperar nada sublime ni extraordinario; cuando al leer la página escrita la víspera, la encontró fría é indigna de sus aspiraciones; cuando, entre los pliegues de tantas sonrisas falsas, vió enroscarse el odioso reptil de que nos habla Enrique Heine, símbolo de la ironía y la traición.

No obstante, la vida le parecía aún sabrosa, pero á la manera de la fruta calentada por el sol de Septiembre: el infeliz había perdido para siempre la frescura del alma, que comunica á todas las sensaciones el gusto de las cerezas comidas junto al árbol, al salir el sol, cuando aún permanecen impregnadas del rocío de la aurora.

A veces se rebelaba, se llenaba de indignación al ver extinguirse tan deprisa las esperanzas y las ilusiones; pero aún le quedaban algunos días de consuelo, á la llegada de cada nueva primavera, época en que sentía agitado su sér por ráfagas inesperadas de ju-

ventud. Esto sucedía en mañanas como éstas, alrededor de la Pascua, cuando en los jardines á la vez que los tulipanes y los alelfes, se abrían suavemente las lilas; mientras las campanas, semejantes á monstruos cautivos en las torres de rasgados ventanales, volteaban lanzando al viento sus solemnes notas.

Entonces se reanimaba y recobraba un poco de fe en la gloria y en la felicidad. «¡Ama!», parecían insinuarle las tiernas flores; y el heroico bronce le decía: «¡Trabaja!»

Ahora vuelven á su memoria estas mañanas frescas y floridas como las mejores de su pasado. Entonces, insensible á los rigores del frío, sólo le desagradaba el viento del nordeste, el viento de los días claros, que azotaba su rostro y maltrataba sus vestidos.

Sobre todo á lo largo del paseo, delante de la iglesia, el viento parecía divertirse haciendo diabluras, ensañándose de un modo especial con los que iban á misa ó salían de ella. Cuando llegaban las huérfanas de algún asilo, acompañadas de las monjas, sacudía furioso sus manteletas negras y los lazos azules de sus sombreros, y se divertía en deformar las tocas de las religiosas dándoles la apariencia de grandes mariposas blancas. Aplastaba brutalmente las plumas y las flores en la cabeza de las devotas elegantes; enredaba las delgadas piernas de algún sacerdote anciano entre los pliegues de su sotana, obligándole á no dejar de la mano su sombrero de teja; y llevaba su desvergüenza

al extremo de levantar las faldas de alguna enlutada que sin medios de defenderse, impedida por el estorbo



del paraguas, el ridículo y el devocionario lleno de estampas, se veía precisada á dar vuelta en escandalizado azoramiento, sin poder cubrir sus pobres pantorrillas.

De pronto el pícaro viento advertía que en la casa de enfrente había unas persianas mal ajustadas, y en

el acto volaba á golpearlas sin piedad contra la pared. De allí á poco llamaban su atención los cascos de una pareja de dragones, y al punto corría á revolver las negras crines de sus penachos metiéndoselas por los ojos. Pero lo más gracioso era cuando veía sobre la cabeza de un burgués panzudo el primer sombrero de paja de la estación: íbale callandito por la espalda, y «¡zas!» de un voleo dejaba súbitamente al descubierto la calva del grave señor, obligándole á correr resoplando como una foca y con los ojos medio cegados por el polvo en persecución del fugitivo, que se alejaba delante de él rodando como un aro.

No era tan sólo el viento el que estaba de buen humor en aquellas mañanas de Pascua. Todo respiraba alegría; un mismo azul brillaba puro en el cielo y en los ojos de las rubias; y así éstas como las morenas, llevaban en la mirada una expresión de regocijo. ¡Qué alegre era el tono de los paseos y jardines, el fresco y delicioso verdor de primavera! Sobre el esqueleto de los árboles tardíos, despuntaba ese verdor indeciso, flotante, vago como el informe cendal de incipiente neblina; en otros se mostraba en los primeros brotes, y en menudas hojuelas que reflejaban en su verde claro la misma expresión de ingenuidad y sorpresa inocente que nos encanta en la fisonomía de los niños.

Pero el encanto principal eran las lilas; el ardoroso arbusto que, desnudo casi de follaje, estalla en profusa lluvia de flores. Las había en todas partes; en

tiestos asentados sobre las poyatas de las ventanas; en manojos junto al puesto de las vendedoras de fruta; en el carretón del mercader ambulante; á lo largo de las aceras.

Las mujeres llevaban un gran ramillete de ellas en la mano y hasta algunos caballos de los coches de punto las lucían en sus cabezadas. Cuando se avanzaba algún tanto por las afueras de la ciudad, no había pared ni cercado por encima del cual no se desbordasen. Estas flores, que se abren antes que las demás y duran apenas quince días, son el verdadero emblema del parisien, del habitante de la gran ciudad, febril, impaciente y ávido de riquezas y de goces.

El paseante solitario recuerda hoy las primaveras que pasaron. ¡Cuánto le alegraba todo: el vientecillo travieso, el fresco azul, las flores tempranas, el tierno verdor de las plantas y el armonioso campaneo de Pascua, derramando su alborozo sobre la multitud ebria de alegría y de sol! ¡Cuánto hacía revivir su juventud todo eso, no ha mucho todavía!

¡Ay! ¿Se habrá concluído ya para siempre? Hoy, débil y enfermizo, tiritando de frío al menor soplo algo crudo del nordeste, las lilas no le deleitan, y el concierto de las campanas le molesta. ¿Es éste aquel poeta, aquel enamorado—en el fondo viene á ser lo mismo,—que ha poco se entusiasmaba con todas las flores y hallaba inspiración en todos los ritmos? ¿Cómo le dejan ahora indiferente los aromas y armonías pri-

maverales? ¡Oh pensamiento cruel! ¿Le habrá llegado en verdad el fin y no volverá á solazarse jamás con los encantos de la naturaleza y de la vida?

En este momento descubre á poca distancia suya á un hombre joven que toma el sol con su esposa é hijos en un banco del paseo, apenas sombreado por el claro follaje. Es una familia obrera de las más pobres, porque á pesar de ser hoy día de gran fiesta, la mujer no lleva sombrero, va á cuerpo—¡y con qué traje!—y el marido viste la blusa de trabajo. Dentro del cochecito de mimbres que tienen á su lado, en donde reposa un niño de teta, la madre ha puesto un ramo de lilas; y el chiquillo, que acaba de despertarse, abre los ojos admirado y lleva instintivamente á las flores sus manecitas regordetas. El padre tiene sentado sobre sus rodillas al mayor, que contará á lo sumo dos años, el cual escucha encantado las campanas de la iglesia vecina y lleva el compás con la cabeza. Ambos esposos contemplan á sus hijos con infinita ternura; luego se miran sin decir palabra y se sonríen, con la pálida sonrisa de los necesitados, en la cual hoy brilla, no obstante, un rayo de amor y de esperanza.

¡Oh, cómo se avergüenza ahora el meditabundo transeunte de su egoísta y malsana tristeza! ¿Qué importa que él envejezca y que la primavera le traiga cada año menos ilusiones?

¡Floreced, lilas de Abril! ¡Voltead, alegres campanas de Pascua cantando vuestros *alleluyas!* ¡Ven, prima-

vera, riqueza de los pobres! ¡Bendígante todos ellos como te bendice el autor de estas líneas, que baja ya la pendiente de la vida y cuyo corazón has calentado y enternecido con el espectáculo de la dicha ajena!

